

## CONSTANTINO CAVAFIS

Constantino Cavafis, hijo de Petros y de Jariclia Fotiadis, descendientes de ricas familias de Constantinopla, nació en Alejandría el 29 de abril de 1863. A los siete años se queda huérfano de padre. A la pena que la familia tiene que arrostrar se une el pesar por la grave quiebra de los negocios paternos.

En el 72 su madre se establece con sus hijos en Liverpool. Regresan a Alejandría por tres años y en el 82 se trasladan a Constantinopla donde residen hasta 1885.

Aunque vivió allí en extrema pobreza, siempre guardó buen recuerdo de esta ciudad, sin duda porque allí empezó a solucionar su vida amorosa —de orientación homosexual— con el descubrimiento de los burdeles. Poco dotado para la percepción visual, no parece que le entusiasmara mucho el Bósforo ni la espléndida arquitectura turca.

En 1885 vuelve a Alejandría, donde se establece ya definitivamente. Siguió allí unos años estudiando por libre —no tuvo ningún título universitario— y comenzó a trabajar, según él, de periodista, luego de oficinista, y más tarde, según Rica Singópulos, en la bolsa algodonera.

En marzo de 1892 entró en el Ministerio de Riegos donde, tras tres años iniciales sin sueldo, trabajó hasta 1922. Unos breves viajes a París, Londres y Atenas en distintos años quizá le aliviaron un poco la rutina laboral.

En 1922 se jubila para «beneficiarse de la indemnización ofrecida por Saad Zaglul a los empleados del gobierno que se retiraran en aquella fecha», según cuenta Liddell en su deliciosa biografía de nuestro poeta.

Al abandonar la oficina dijo con resignación cristiana: «Por fin me veo libre de esta asquerosidad». Sus ahorros y sus saneados negocios como agente de bolsa le permitirán un buen pasar.

Alejado ya desde 1912 de la vida social, su vida se fue centrando, sobre todo en su última década, en su piso de la calle Lepsius, donde se entregó hasta la víspera de su muerte a la lima minuciosa de sus poemas.

Aficionado a los dulces, no precisamente tacaño pero sí muy mirado en sus dádivas y jugador cauto de diversos juegos —bacarrá, ruleta, quinielas de partidos de tenis, de carreras de caballos y de bicicletas—, muy reservado en sus confidencias y de conversación brillantísima, «de gustó circundarse de un aura mítica y misteriosa y a muchos les pareció un habilísimo actor, mientras quizá era sólo un singular y patético personaje. Físicamente tuvo rasgos gruesos, boca sensual, ojos grandes y penetrantes, a veces extremadamente tristes, pronunciación levemente inglesizante, porte y atuendo señorial, andares lentos y arrastrados», ha escrito Pontani, quizá el mejor de sus traductores.

Muy bien relacionado con la burguesía alejandrina, conoció también a fondo los entresijos del proletariado en las tabernas y garitos que frecuentaba.

Pero su profundo aprecio por los bellos muchachos de humilde extracción social nunca le llevó a confundir la adoración de sus cuerpos con el compromiso político.

Sinceramente partidario del progreso social y de una paulatina reparación de las injusticias, por su temperamento marcadamente tímido y por escepticismo vital fue, sin embargo, alérgico a la violencia por lo general necesaria para una menos injusta distribución de las rentas.

Al igual que su familia y sus amigos, tampoco debió de sentir ninguna simpatía por el movimiento nacionalista egipcio. Pero tenía unos conocimientos de historia antigua lo suficientemente profundos como para invalidar cualquier acusación de carencia de ideas políticas.

[...]

Hasta cerca de los cuarenta años no tuvo amigos del mundo literario. Pero a partir de esa edad estuvo relacionado con escritores alejandrinos —Uranis ha escrito que sin exageración puede afir-

marse que «entre 1909 y 1918 Alejandría fue la capital de la literatura griega» y, por supuesto, no sólo por la presencia de Cavafis—, con escritores de Atenas —Xenópulos lo había descubierto al público ateniense en un artículo arrebatado de 1903, o sea, cuando Cavafis aún no había escrito ni la décima parte de lo que sería su breve obra poética— y con algunos extranjeros, como el poeta Pea, su primer y ridículo traductor al italiano, el magnífico Forster, que tan bien escribió sobre Alejandría y tantas otras cosas e introdujo la poesía de Cavafis en Inglaterra, y el ultramoderno Marinetti, que lo visitó en 1930 y calificó a Cavafis de futurista porque, a pesar de su desdén por la luz eléctrica —el poeta alejandrino aún andaba en la época bastante contemporánea de las velas y el petróleo—, y a pesar de la puntuación tradicional de sus poemas, sin embargo había «roto con el podrido mundo poético del lacrimoso romanticismo del siglo XIX y con sus temas, que son buenos para un organillo».

En 1932 le diagnosticaron un cáncer de garganta. Practicada una traqueotomía, quedó sin voz los restantes meses de su vida. Tras un primer repudio del patriarca que se personó en el hospital con la desinteresada intención de salvarle el alma, al fin cedió y se fue al infierno con todos los sacramentos. Se acostó con Satanás el 29 de abril de 1933, el mismo día que cumplía los setenta años.

La característica más externamente evidente de la poesía de Cavafis es su brevedad. Cuando el poeta muere, deja listos para su publicación ciento cincuenta y cuatro poemas que en muy pocos casos llegan a los cincuenta versos. Es la obra que él reconoció. Después algunos estudiosos de su obra han publicado algunas pocas docenas de poemas, por lo general, con muy buen criterio marginados por su autor.

Lo mismo que Cernuda —quien por cierto tenía a “El dios abandona a Antonio” «por una de las cosas más definitivamente hermosas de que tenga noticia en la poesía de este tiempo»—, Cavafis encuentra en la poesía la razón suprema de su existencia.

Trabajó en su último poema, que dejó inacabado, hasta la víspera de su muerte. Desde sus ensayos juveniles situó el arte en el más alto nivel. El tema del poeta —lo mismo que en Cernuda— atraviesa constantemente su obra.

Desde el punto de vista cronológico sus poemas quedan divididos en dos grupos: los anteriores a 1911 —24 poemas— y los posteriores a este año —130 poemas— que, a diferencia de los primeros, vienen fechados con el año exacto.

Hay que tener en cuenta que en 1910 el poeta tenía ya cuarenta y siete años. Como Unamuno —cronológicamente su estricto contemporáneo, aunque ideológicamente el poeta español parezca por lo menos cien años más viejo, según patentizó en un muy divertido artículo Peregrín Otero— Cavafis es un poeta, si no de la vejez, según él mismo se llamó, sí de la madurez, según matizó Dimarás.

La crítica está de acuerdo en que, más o menos a sus cuarenta y ocho años, tiene otro comienzo literario. Lo mismo que en 1891, al escribir su poema “Constructores”, se vislumbra ya en él el poeta que había de ser, en 1911 se consolida este marchamo y, a partir de esta fecha, la calidad de su poesía irá en aumento. «Cavafis mejora su expresividad al final de su vida, incluso en su último poema», ha escrito Seferis.

En sus primeros poemas son visibles las huellas del romanticismo, aunque el movimiento literario a cuya sombra se cría es el parnasianismo. A él le debe su orientación hacia el poema histórico, que tan bien casaba con su temperamento tan despegado del presente y que en la Grecia helenística —y no en la Grecia de la época clásica— encontraría su patria más querida.

Del parnasianismo también le viene a su poesía la frialdad mineral de la forma que persiguió con ahínco. Pero afortunadamente también leyó con provecho a los simbolistas y sus saludables huellas son visibles, sobre todo, en los poemas eróticos.

Su poesía nace de una mezcla explosiva de afán de objetividad, música, erudición histórica, griego colonial (y por tanto conservador), lima maniática y erotismo homosexual.

Con la minuciosidad del relojero que trabajara por deporte monta y desmonta y vuelve a montar el mismo poema hasta encontrar la magia de las palabras exactas que lo convierten en diamante. Nunca fue tan poco espontáneo el arte que ya por definición es la negación misma de la espontaneidad.

La mitología clásica que no escasea en sus primeros poemas apenas asoma en los versos posteriores a 1911.

El hoy no es su fuerte. Por eso fracasan sus primeros poemas eróticos. La proximidad de las experiencias es el peor enemigo de este autor, al que potencia la distancia. Esta poesía es obviamente autobiográfica, pero el poeta utiliza siempre una vía de confesión indirecta. Para ello transfiere sus experiencias hacia la historia y el pasado y, cuando no hace esta transferencia, las desvincula del yo recurriendo a la narración objetiva.

Cuando aparece el yo, es el yo dramático de los mimos antiguos, o sea no es la voz del poeta, sino la de alguien que está representando un papel. Es el yo de los monólogos dramáticos de Browning, o por aludir a otra coincidencia con el poeta español que tanto le admiró, el yo de los monólogos dramáticos de Cernuda.

Y también como el poeta español, escribe, según nos manifiesta en un verso, desde la soledad de su casa. Podríamos añadir que esa soledad pagó un suplemento de asfixia, dada la intolerancia pública para con los amores homosexuales.

Pero la cerrilidad ambiental no logró impedir su liberación sexual. Los poemas “Fui”, “Su principio” y tantos otros son documentos irrefutables de felicidad vivida con plenitud.

Esta poesía seduce por su capacidad de sugestión, nostalgia viva, ensoñación, necesidad de disimulo y transparencia de las imágenes. También se perciben al fondo las sombras de candiles y velas.

Su lenguaje es una mezcla de lengua culta y *dimotiki*<sup>1</sup> no exenta de algunos rasgos arcaizantes. Fascinado por una lengua neutra y antilírica monda sus versos de cualquier excrecencia retórica. Esta lengua fría y prosaica nos hechiza porque es el vehículo «que nos permite sentir que domina artísticamente las pasiones». Tras la máscara congelada late un alma que sufre, goza, sueña y que por dignidad reprime las lágrimas.

Estoico y epicúreo a la vez —un poco al estilo que lo fue Horacio— Cavafis se diferencia del poeta latino, sobre todo, por su tono invenciblemente pesimista.

[...] Iba a ser el poeta de la Grecia moderna más leído en el mundo.

Ramón Irigoyen

*Ocho poetas del siglo XX*, selección, traducción e introducción de Ramón Irigoyen. Madrid, Ed. Mondadori, col. Mondadori/Bolsillo, 1989, págs. 15-19.

---

<sup>1</sup> Irigoyen no lo explica, así que os lo aclaro yo: ése es el nombre que recibe en Grecia la lengua del pueblo, en oposición a la *kathareoúsa* (de *katharos*, puro), la lengua culta y depurada de los escritores, instrumento por excelencia del pensamiento, la ciencia y las ideas nobles, que se aprende en la escuela y que todo ciudadano honorable debe dominar.